

EL GERMEN DE UN NUEVO PROYECTO SOCIAL. LOS INTELLECTUALES DE LAS REVISTAS *PORTADA Y QUÉ PASA*. 1969-1980*

Mario Andrés González**

RESUMEN

En el siguiente artículo se abordan dos publicaciones, revista *Portada y Qué Pasa*, fundadas por un cuerpo de intelectuales provenientes de un sector de la derecha. El análisis se inscribe en el contexto social, económico y político que se derivó a partir de las transformaciones impulsadas por el centro y la izquierda chilena a fines de los sesenta y comienzos de los setenta. Destacamos que mediante estas revistas este cuerpo de intelectuales fue formulando, embrionariamente, un proyecto social que devino bajo el régimen dictatorial en el establecimiento del neoliberalismo y la nueva democracia autoritaria, protegida y tecnificada que anunció el general Pinochet en Chacarillas en 1977.

PALABRAS CLAVE

Intelectuales, editorial, proyecto social, neoliberalismo.

Recibido: 19 de marzo de 2013.

ABSTRACT

The following article deal with two publications: *Portada* and *Qué Pasa* magazines, founded by a group of right wing intellectuals. The analysis tackles the social, economic and political context that sprung from the transformations dug up by the Chilean center and left as the nineteen seventies were coming to an end and the seventies had almost arrived. Prominent is the fact that this group of intellectuals in these magazines began to put together, inceptively, a social project that had its origins in the dictatorial regime of neo-liberalism and the establishment of the new “authoritarian, protected and technified democracy” announced by General Pinochet in Chacarillas in 1977.

KEYWORDS

intellectuals, editorial, social project, neoliberalism.

Aprobado: 15 de noviembre de 2013.

* Este artículo es parte de la tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso.

** Estudiante de Magíster en Historia de la Universidad Valparaíso. E-mail: marioandresgonzalez82@gmail.com

En estos últimos años la economía política neoliberal y la institucionalidad erigida sobre las bases de la Constitución de 1980 han sido fuertemente cuestionadas por la ciudadanía. No sólo el sistema de salud, de educación y de previsión social han recibido el rechazo masivo –sin perjuicio que la desigualdad patente que aflige a grandes sectores sociales del país y la permanente concentración de la riqueza y control de los medios de producción en pequeños y cerrados conglomerados económicos hayan sido una constante a lo largo de estas últimas cuatro décadas– sino que los propios mecanismos de participación que la Constitución permite. Esa economía política se impuso luego del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, periodo en que la resistencia al régimen poco pudo hacer, sobre todo porque la imposición del neoliberalismo y su marco legal se llevó a cabo bajo el terrorismo de Estado.

En este año se cumplen cuatro décadas desde que el proyecto popular fue destruido y las conquistas sociales de vastos sectores a lo largo de un siglo fueron completamente desbancadas.

En el siguiente artículo queremos abordar dos publicaciones, *Portada* y *Qué Pasa*, fundadas en esa coyuntura social tan significativa como fue la que se evidenció a fines de los sesenta y comienzos de los setenta, no tanto porque constituyeron órganos culturales críticos de la forma de hacer política en esos momentos, sino porque constituyeron un espacio de

articulación de una parte considerable del cuerpo de intelectuales que durante la dictadura fundaron las bases y las líneas matrices del modelo neoliberal y la democracia autoritaria, protegida y tecnificada que anunció Pinochet en Chacarillas en 1977.

¿Cuál fue la trama que se tejió detrás de esos editoriales, cuyo propósito iniciado en 1969 pudo concretarse a fines de los años 70? ¿Qué relación existió entre estas dos publicaciones que nos permiten considerarlas como un todo más o menos homogéneo? Por último ¿quiénes fueron los editorialistas que impulsaron un determinado proyecto a fines de la década de 1960?

El trabajo más acusado que reflexionó en torno a estas revistas ha sido el de Carlos Ruiz¹, quien desarrolló un análisis global del discurso elaborado por ambos medios de comunicación, destacando el diagnóstico que hicieron en momentos en que fue patente la crisis hegemónica de los sectores dominantes. Pero más allá de que fue un análisis pormenorizado de los lineamientos teóricos e ideológicos de ambas publicaciones no estableció –pues de seguro no era el problema– la relación que existió entre estos intelectuales que emprendieron un determinado proyecto social y el ambiente en que estuvieron insertos y cómo se desarrollaron en función de establecerlo.

El siguiente trabajo intenta demostrar la continuidad entre el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y la

1 Carlos Ruiz, “El conservantismo como ideología. Corporativismo y neo-liberalismo en las revistas teóricas de la derecha”, en *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago: Universitaria, 1992), 103-123.

dictadura que se derivó, a diferencia de las interpretaciones que sostuvieron que no hubo tal continuidad, por ejemplo la que defendió Gonzalo Vial Correa en un artículo publicado en 1984, quien expresó que las consecuencias del hecho eran “materia de un debate distinto”². Por lo mismo, para comprobar dicho objetivo analizaremos tanto los editoriales de las revistas *Portada* y *Qué Pasa*, ambas fundadas por el propio Vial, quien fue el director de las dos en el periodo estudiado, en función de dar cuenta que dicha continuidad tuvo relación con el proyecto social que emprendieron los editorialistas a fines de la década de los sesenta del pasado siglo.

En ese sentido el grupo de intelectuales que constituyó el cuerpo de *Portada* y *Qué Pasa* se inscriben en la categoría del intelectual orgánico que definió Gramsci. Este cuerpo de intelectuales recurrió a este tipo de publicación en función tanto de ser una trinchera política como un medio de despliegue de un proyecto social que con el tiempo devino en el neoliberalismo y la democracia autoritaria, protegida y tecnificada, como ya hemos visto.

Bajo esa perspectiva queremos enfatizar que la estrategia política de que se apropiaron fue la presunción de apoliticidad, lo que los llevó a desenvolverse fuera del régimen demoliberal y a mantenerse distantes de la derecha política tradicional, representada por el recién formado Partido Nacional. El liberalismo, la democracia, la intervención del Estado en la economía, y por supuesto, todo lo que estuviera relacionado con el socialismo o el mar-

xismo, que consideraban como el residuo inevitable de los primeros elementos, fue el blanco de las críticas de estos intelectuales. Trazando esas líneas expresaron ser ajenos del proceso de disolución social y, por lo mismo, como intelectuales autónomos e independientes del “grupo social dominante” que coadyuvó a intensificar la crisis social durante el periodo. Así, la identidad política, siguiendo a van Dijk, no se caracterizó en los términos de ser miembros de un grupo estructural, tal como un partido político, sino más bien en términos de la propia ideología³.

Por último, deseamos destacar que bajo el prisma gramsciano, estos intelectuales concibieron la lucha, ya bajo la unidad popular, como guerra de posiciones que les permitió una vez derrocado el gobierno de Salvador Allende, vencer e imponer el proyecto que venían articulando hace un tiempo atrás. Gran parte de estos intelectuales disfrutó de espacios esenciales al interior del régimen dictatorial, controlando las directrices de la nueva economía política que se estaba institucionalizando.

LA FUNDACIÓN DE *PORTADA*, LOS INTELLECTUALES Y LA EMERGENCIA DE UN PROYECTO SOCIAL

Carlos Ruiz señaló que el origen de la revista *Portada* tuvo su punto de partida a fines de la década de los sesenta como reacción a la coyuntura político social que se vivió en aquellos tiempos, expresada principalmente por la movi-

2 Gonzalo Vial Correa, “Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973”, *Dimensión Histórica de Chile* 1 (Santiago 1984): 140-164.

3 Teun A. Van Dijk, “Política, ideología y discurso”, *Quórum académico* núm. 2, (Maracaibo 2005): 25.

lización popular durante el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970)⁴. Nosotros, sin descartar lo anterior queremos expresar que el origen particular de la revista *Portada* fundada a comienzos de 1969 hunde su lugar de nacimiento al interior de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUCCH), siendo de algún modo la continuación de la revista *Finis Terrae* clausurada en 1967 durante el proceso de Reforma Universitaria, lo que, por lo demás, fue un duro golpe a su director, el historiador Jaime Eyzaguirre. Así, la nueva publicación debía tanto proyectar el ideario que identificó al cuerpo de intelectuales que perteneció al comité editorial de la revista recién aludida, como desbordar los intersticios que la PUCCH gestionó en función de contrarrestar las transformaciones sociales que en esos momentos de lucha política ya no eran privativos de la Universidad, sino que se desplegaban por toda la sociedad.

Para dibujar ese trayecto hay que observar lo que se expresó cuando Eyzaguirre en 1954, apoderado de cierta inquietud, fundó la revista *Finis Terrae* del Departamento de Extensión Cultural de la PUCCH. El editorial con que se presentó la publicación lo hizo con un tono apocalíptico y mesiánico que se exteriorizó de la siguiente forma:

“Finis Terrae’ surge como una incitación y una necesidad. Por eso, ella convoca desde luego a una cita amplia y amistosa a los hombres inquietos para quienes la vida tiene dimensiones de

eternidad; y que, si son expectantes testigos del caos presente, también son obligados artífices de una renovada era”⁵.

Con el transcurrir del tiempo *Finis Terrae* asumió una posición más contingente a propósito del acontecer nacional, sobre todo por el ascenso del gobierno demócratacristiano y la crisis parlamentaria que sufrió la derecha política en 1965. El gobierno del Presidente Frei si bien triunfó gracias al apoyo brindado por la derecha, cuyo fin era impedir el entronizamiento del Frente de Acción Popular liderado por Salvador Allende, ello no provocó que el programa demócratacristiano fuese alterado. La democracia cristiana no hizo ninguna alianza ni menos algún tipo determinado de arreglo político para obtener el respaldo electoral que se derivó de los partidos Conservador y Liberal que le permitió alcanzar el poder. Además, estos partidos políticos de derecha casi eclipsan en las elecciones parlamentarias de marzo de 1965, mientras que la Democracia Cristiana obtuvo un triunfo inusitado como partido político en la historia nacional y la izquierda, si bien no aumentó en consideración su representación parlamentaria, estaba sin duda alguna en ventaja con respecto a la derecha⁶. Son esas cuestiones que pensamos impulsó a la revista a asumir una posición que combinó lo académico con la contingencia política, lo que no simbolizó, por supuesto, que los redactores hayan tenido simpatías y afinidades políticas por estos partidos de derecha.

4 Ruiz, “El conservantismo como ideología. Corporativismo...”.

5 *Finis Terrae* núm. 1, (Santiago 1954).

6 Ricardo Yocelvezky, *La democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970)* (México DF:, UNAM, 1987), 129-151.

A pesar de los esfuerzos concentrados por estos intelectuales durante la segunda mitad de la década de los sesenta, la lucha se tornó cada vez más difícil, pues la revista en tiempos en que advino la Reforma Universitaria no logró ser el órgano artífice de una nueva era como lo habían propuesto en su primer número, ya que fue disuelta en 1967. Este hecho se debió a que los estudiantes movilizados reprocharon la unilateralidad ideológica del Departamento de Extensión Cultural de la PUCCH, esgrimiendo sus críticas sobre todo frente a las preocupaciones intelectuales que se desprendían de allí, puesto que para estos jóvenes el órgano cultural no prestaba mayor atención a las problemáticas nacionales, sobre todo, a las que aquejaban a los sectores populares. Además, sostuvieron, que dispensaba “cultura” a los que ya la poseían. La revista por constituir el órgano oficial del Departamento de Extensión Cultural y, por lo tanto, de la Universidad, también recibió las críticas del estudiantado movilizado, quienes la acusaron por su “exagerado hispanismo”. La revista para los jóvenes “rebeldes” constituyó un órgano que monopolizaba el saber sin considerar la voz y la participación intelectual de otros sectores que no simpatizaban con la ideología desplegada por ésta⁷. Como puede verse, Eyzaguirre y quienes colaboraban con él no habían podido cumplir la misión emprendida en 1954, siendo derrotados por quienes aspiraron a la construcción de una sociedad muy distante de la defendida por *Finis Terrae*, la que emergía de las profundidades del tradicionalismo

católico e hispanista, con un claro sesgo corporativista.

Estos hechos descritos y, sobre todo el impasse que sufrió Eyzaguirre, son a nuestro juicio lo que impulsó a estos intelectuales a dar vida a la revista *Portada*. Si se observa el cuerpo editorial que compuso la revista *Finis Terrae*, *Portada* y *Qué Pasa*, se pueden apreciar ciertos nombres que se inscriben en uno y el otro, sin perjuicio que a *Portada* integraron figuras relevantes que incidieron en el derrocamiento del gobierno encabezado por Salvador Allende, como fue el caso del abogado y empresario Ricardo Claro Valdés.

Desde que se había organizado *Finis Terrae* en 1954, poco a poco, se fueron integrando al comité editorial de la revista, en función de fortalecerla, una serie de intelectuales provenientes de distintas disciplinas y profesiones, pero del mismo tronco ideológico. En 1967 cuando fue archivada la revista el cuerpo de intelectuales estuvo constituido por José Miguel Ibáñez Langlois, sacerdote perteneciente al Opus Dei, Jaime Martínez, periodista y abogado, Fernando Silva, historiador, Juan de Dios Vial, médico, Hugo Montes, abogado, Cristián Zegers Aristía, abogado.

En *Portada*, fundada en 1969, quienes pertenecieron al comité editorial fueron el historiador Javier González, Joaquín Villarino, Cristián Zegers, Guillermo Bruna, Fernando Silva, Hugo Tagle, Víctor Muñoz y Ricardo Claro. Sin embargo, debemos señalar que el comité editorial de la publicación sólo se hizo público al

7 Ricardo Krebs, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1994), 638-646.

mes siguiente del golpe de Estado de 1973, en un número especial⁸. Hasta esa fecha sólo se podía constatar (considerando, por supuesto, a los articulistas que firmaban con su nombre) el historiador Gonzalo Vial como el director. Esto último no deja de ser significativo, puesto que el comité editorial de la revista *Qué Pasa* fundada en 1971, también dirigida por Vial, se hizo público recién en 1973 en su número 100 y quienes lo constituyeron representó una combinación entre los que pertenecieron a *Finis Terrae* y a *Portada*.

El hecho de que Vial haya asumido la dirección de la revista se debió a una cuestión muy particular: Eyzaguirre había fallecido de forma repentina durante la organización de la publicación en 1968. De ahí que el discípulo más aventajado de éste, quien, por lo demás, colaboró tanto en *Finis Terrae* como en la revista académica *Historia*, las dos dirigidas por el maestro, haya tomado el timón de la nueva publicación. Cabe destacar, no obstante, que ese trágico hecho recién referido, que les arrebató, según éstos, a un “auténtico profeta” inspirador, tomó tintes especiales, pues les proveyó de un talante exclusivo en la misión que emprendieron sobre todo porque el “desnudo testimonio profético” de Eyzaguirre les había ya señalado que corrían tiempos de crisis y que se aproximaba un “sufrimiento nunca antes conocido”. Ahora, más que nunca, debían emprender y concretar la tarea que iluminó el maestro. La derrota de Eyzaguirre al interior de la PUCCH debía revertirse con una victoria fuera de ella y *Portada* debía ser la trinchera

de lucha frente a la decadencia nacional y la corrosión de los valores de antaño, pues se estaba “aguardando la violencia y la muerte, fruto del pecado, y tras ellas la acción rectificante del Dios que escribe derecho con líneas torcidas”⁹.

Fue ese contexto político-social, más arriba descrito el que determinó la gestación de un nuevo proceso hegemónico, embrionario, pero no por eso menos importante, que fue asumido como una verdadera cruzada. La emergencia que tuvo para estos intelectuales este tipo de publicación no era menor. Por el contrario, con el tiempo cumplió una función esencial tanto como órgano de difusión cultural y como trinchera política. Para el director de la revista, Gonzalo Vial, quien desde 1957 había emprendido un proyecto historiográfico sobre una historia del “reino de Chile”, debió suspenderlo para hacer frente, a través de la trinchera periodística, al avance de las reformas. Como puede desprenderse, la trinchera periodística en ciertos momentos se hizo imprescindible en la lucha directa frente a un rival que cada vez más se apoderaba de los espacios que habían sido controlados por la derecha a la que estos jóvenes pertenecían. En ese sentido la nueva revista, *Portada*, en su primer número expresó, con ese tono apocalíptico similar al de *Finis Terrae*, lo siguiente:

La revista no es neutra. Tiene su propio ideario ... no está comprometida con ningún partido o tendencia política. Su línea en ese sentido, y en general en cuanto se refiere a la sociedad, es renovadora, pero no revolucionaria en

8 *Portada* núm. 42, (Santiago 1973).

9 Gonzalo Vial, “Jaime Eyzaguirre. ‘El desnudo testimonio’ profético”, *Qué Pasa* núm. 388, (Santiago 1978): 29-31.

el manoseado uso actual del vocablo. Es renovadora porque comparte el anhelo de realizar profundas transformaciones ... podrá significar un aporte valioso a la solución de la crisis de nuestro tiempo y de nuestra patria¹⁰.

En esta presentación del primer número puede leerse un implícito rupturismo del orden social dado, pero también una posición autónoma del espectro social, lo cual será una de las premisas de que se apropiaron para intervenir en los espacios públicos esperando con ello la adhesión de vastos sectores de la población.

Sólo diremos a modo de síntesis y en una perspectiva más bien general que el proyecto social en sus primeros años se fundamentó en el corporativismo de cuño franquista, rescatando los principios fundamentales del tradicionalismo hispanista, dejando entrever, sin embargo, una doble lectura sobre el concepto de subsidiaridad que daría paso a pensar en el neoliberalismo como una alternativa¹¹.

Esta lectura del neoliberalismo está relacionada directamente con el hecho de que *Portada* en 1970 se fusionó con la revista *Polémica económica social*, cuyo ideario se centró en los principios monetaristas. Los intelectuales que pertenecieron a esta última revista fueron Paul Aldunate, Sergio de Castro, Pablo Baraona y Emilio Sanfuentes, por lo menos estos tres últimos habían egresado de la Escuela de Chicago y provenían de la PUCCH. Se identificaron por su fuerte

crítica a los principios estructuralistas y a la intervención estatal en la economía (Ruiz, 1992: 106)¹². Quienes convergieron en *Portada* fueron Paul Aldunate, Pablo Baraona y Emilio Sanfuentes. Este último empresario que un año atrás se integró al grupo Edwards constituyéndose en “brazo derecho de Hernán Cubillos”, había organizado en el diario *El Mercurio* la “Página económica” que dio a conocer los planteamientos libre mercadista¹³, además dirigió el Centro de Estudios Económicos y Sociales (CESEC) en 1970, en el cual trabajaban Baraona y De Castro¹⁴.

Como puede apreciarse, al núcleo fundamental de *Portada*, confluyó otro segmento de intelectuales de la derecha que si bien en un principio no compartieron con éstos cuestiones respecto al rol que debían jugar el Estado o las sociedades intermedias en la economía, sí lo hicieron en cuestiones esenciales que definieron el proyecto social que estaban organizando, puesto que aun no llegaba el turno de la experiencia del gobierno de la Unidad Popular, que para éstos constituyó el mal absoluto. Estos lugares comunes se pueden sintetizar en el accionar fuera del sistema de partidos, su fuerte crítica del liberalismo, de la democracia y de las corrientes de izquierda, especialmente el comunismo. Es por ello que la fusión de *Portada* y *Polémica económica social* se hizo justamente en momentos en que Jorge Alessandri realizó su campaña presidencial.

10 *Portada* núm. 1, (Santiago 1969).

11 Ruiz, “El conservantismo como ideología. Corporativismo...”, 106.

12 *Idem*.

13 Gonzalo Cáceres, “El neoliberalismo en Chile: implantación y proyecto 1956-1980”, *Mapocho* núm. 36 (Santiago 1994): 163.

14 Arturo Fontaine, *Los economistas y el Presidente Pinochet* (Santiago: Zig-Zag, 1988), 32.

Lo que queremos destacar, además, es que estos intelectuales desde que se fusionaron, si bien comenzaron a dar origen a un proyecto social entre sus páginas, el nuevo proceso hegemónico no podía reducirse al puro discurso que se desplegó en esos momentos. La importancia de un adversario común representado por la izquierda, mucho más que por la democracia cristiana, los determinó a desenvolverse más allá de estos órganos publicitarios. Aunque debemos señalar desde ya que este tipo de publicación será fundamental en la lucha, pues en abril de 1971, justamente cuando la Unidad Popular obtuvo un triunfo aplastante en las elecciones de regidores, decidieron fundar la revista *Qué Pasa*.

No habrá duda que entre el discurso concebido y el accionar político se podrá avizorar la especial posición que estos jóvenes imaginaron ostentar en los destinos de la nación. Se sintieron, —y esto resaltó la mixtura entre el elitismo y el autoritarismo patente de quienes pertenecieron y pertenecen a los núcleos oligárquicos— con una convicción teñida de un designio misional, por no decir casi divino, que pretendió asegurar los valores que las políticas inspiradas por fuerzas que se alojaban en las entrañas del *mal* estaban diseminando por el cuerpo social arrastrándolo a una crisis con consecuencias, sino se impedía, irreparables. Era la sociedad sustentada en la tradición cristiana occidental, según éstos, la que estaba en juego, lo que imploró asumir la contienda como una verdadera cruzada, cuyo elemento renovador para los tiempos que venían, lo aportaría el neoliberalismo, ideología fundamental en las futuras decisiones.

LA “CAMPAÑA DEL TERROR” DESPLEGADA POR *PORTADA*

La organización de la campaña del terror que fraguó la derecha —no sin mediar financiamiento estadounidense— maduró bastante en la última candidatura de Allende, experiencias acumuladas que tomaron una forma más sistematizada en los distintos medios de comunicación de que se dotaron. La revista *Portada* que estamos analizando no fue ajena a esa campaña del terror, sino que como muchos medios de la derecha contribuyeron a fortalecerla, cuyo último resultado fue la satanización de la izquierda.

Básicamente las críticas que esgrimió la publicación fueron dirigidas en el campo social —siguiendo la representación de la sociedad que hicieron en esos momentos— a la profunda movilización masiva; en el político a la preponderancia que tuvieron los partidos políticos que copaban todos los espacios públicos y privados; en el económico al Estado socializante e interventor y en el plano cultural a las ideas extranjerizantes y corrosivas de que se apropiaron los jóvenes, especialmente, el guevarismo y el socialcristianismo. Es decir, hubo una profunda crítica del como se hizo política en esos tiempos, sin perjuicio de que el liberalismo y la democracia eran los responsables de todo ello.

Pero en el fondo de esa campaña organizada por *Portada* primó la defensa ineluctable de la propiedad privada lo que significó, como hemos visto, cuestionar profundamente el régimen social dado, pues éste transitaba a un nuevo orden donde sería completamente cancelada. La campaña del terror se articuló en esos

términos, de ahí que la crítica haya sido dirigida a todo el entramado institucional, político, económico y social, ya que aquel régimen engendró los elementos que la amenazaban. Ese sentido, como podemos ver, no contradijo ni las aspiraciones de los neoliberales que participaron en la publicación ni la de los corporativistas-gremialistas que en su mayoría comulgaron con la orientación subsidiaria. La propiedad privada era un principio constitutivo de la sociedad cristiana occidental que defendían estos jóvenes, cimiento que permitía la libertad y, por lo mismo, un alcance mayor del Estado significaba justamente restringirla y, cuando no, eliminarla. Era el terror de un Estado totalitario lo que imaginaron si la masa “encantada” optaba por un gobierno de corte marxista leninista, donde esa libertad asociada al emprendimiento sería anulada.

Así, más que mediar una voluntad que morigerase los ánimos expresados por la polarización política, el objetivo fue hacer una representación de la realidad social —tanto en esos momentos como podría serlo bajo el gobierno de Allende— en términos de una profunda crisis nacional. En ningún momento guardaron silencio si es que la ocasión sirvió para generar un clima social nauseabundo. Es que la movilización social contradecía la propia concepción elitista que tenían de quienes consideraban que debían dirigir los destinos de la sociedad.

Desde que se publicó el primer número de *Portada* en enero de 1969, enarbolaron un discurso con un acento apocalíptico y crítico del régimen social

imperante. Como pudimos observar en su primer editorial la situación vivida en esa coyuntura, expresada en las profundas transformaciones estructurales, se les presentó como una “crisis de nuestro tiempo y de nuestra patria”. Esta encrucijada se reflejó para estos intelectuales en un “proceso acelerado de indisciplina, de desobediencia a la autoridad y a la ley”, en el que, por lo mismo, “todos quieren hacer de su santa voluntad”. Este “clima de desorden universal y de universal desobediencia” estaba arrastrando a una disolución total de la nacionalidad, lo que para estos jóvenes era la “antesala segura de la tiranía sangrienta de un hombre, o de la gris tiranía socialista”¹⁵. Ese fue el panorama social que se desprendió de la revista en momentos en que comenzó a definirse la correlación de fuerzas que decidirían en 1970 por un gobierno de “unidad nacional” o uno que —representado por la democracia cristiana— agravará la situación descrita o bien uno que terminará finiquitando el último residuo de civilización que subsistía, imponiendo el orden marxista.

Fue en ese contexto en que se abanderizaron por la campaña presidencial de Jorge Alessandri. Se debió, aseguraron, porque el “hombre símbolo” representaba lo que la comunidad deseaba, es decir un desplazamiento de la política partidista por los “cauces políticos tradicionales... para embarcarse en un movimiento suprapartidista.” El Alessandrismo para *Portada* era considerado como la afirmación superior del poder del Presidente de la República. Será quien restablezca el orden, agregaron, junto a una reforma

15 *Portada* núm. 8, (Santiago 1969).

que modifique la estructura política de los partidos que habían llegado al “nadir del desprestigio”¹⁶. Los partidos políticos, “anacronismo vivo”, eran “uno de los males chilenos, quizá el principal”. Para *Portada* “todo ha sido progresivamente infiltrado por el partidismo... y en todo, este avance de la politiquería ha traído la división, la corrupción y la esterilidad”¹⁷.

Portada, llegando el momento decisivo, afirmó el triunfo de Alessandri, lo aseguró Presidente, aunque análogamente insistió en advertir la ruina total si triunfaba el candidato de la izquierda que, según la publicación, sería “la crisis absoluta del régimen político”¹⁸. Justamente en el editorial de octubre de 1970, estupefactos y asumiendo que habían fracasado en su pronóstico, al tiempo que ya no se desconocía el respaldo de la Democracia Cristiana a la Unidad Popular, —salvo si la izquierda firmaba el Estatuto de Garantías Constitucionales—, conjeturaron la suerte que el país correría desde ese momento en adelante si Allende no asumía el principio de autoridad que “los poderes de la Constitución le entrega”. Cundiría, sostuvieron,

“la anarquía porque las leyes son atropelladas o, simplemente, olvidadas. Tarde o temprano esa anarquía hará que todos pidan orden, cualquier orden, para continuar viviendo. Entonces entrará en funciones la “máquina”, ofreciendo su orden, el orden del silencio absoluto y de la total obediencia, el orden húngaro, checoslovaco, alemán oriental”¹⁹.

Habíamos visto al comienzo de este apartado que el mal mayor que podía estremecer el orden custodiado por la revista fue la constante amenaza a la propiedad privada que los programas de la democracia cristiana y la izquierda hicieron evidente, lo que no dejó de sentirse en la publicación puesto que desplegaron una abierta crítica al rol que el Estado jugaría tanto bajo el gobierno del futuro candidato de la Democracia Cristiana como en el de la Unidad Popular. Era, como hemos dicho, la amenaza que constituyó el *Leviatán*, lo que imploró a una lucha abierta y soterrada, cuestión que veremos más adelante. En ese cuadro en que el Estado aumentaría su trascendencia en la regulación económica como en el proceso de nacionalizaciones, el grupo *Portada* sostuvo que esa orientación sería el principio de la extinción absoluta del empresario privado. Tanto como lo habían hecho con antelación sobre los términos políticos, la publicación no dudó en realizar el diagnóstico —poco sobrio por supuesto— si era elegido el candidato de la democracia cristiana. Sostuvieron que Tomic

representa la continuación y agravamiento de la política estatista en economía ... el empresario libre o privado... se vería reducido a un campo pequeño y muy circunscrito, y aun en él su presencia sería transitoria y dirigida por el Estado. Pero más grave son sus consecuencias políticas y espirituales: avasallamiento del hombre y de su libertad por el Estado (vale decir, por el partido que lo domina), sin cuya benevolencia nadie puede vivir”²⁰.

16 *Portada* núm. 10, (Santiago 1970).

17 *Ibid.*..., núm. 12.

18 *Ibid.*..., núm. 15.

19 *Ibid.*..., núm. 17. (Negrillas en el original).

20 *Ibid.*..., núm. 12, 1970.

Véase que la intensificación de la política estatista para estos jóvenes sojuzgaría el imperio de la libertad cuya asociación está directamente relacionada con el control de los medios de producción. La intervención del Estado significó servidumbre y, cuando no, un tipo de esclavitud, pues el espíritu sería subyugado por las decisiones de quienes lo controlarían, aquellos que se posicionaban en las antípodas de la sociedad que decían escudar.

En todo caso lo negativo que podía suceder bajo un segundo gobierno de la democracia cristiana no podría compararse a uno dirigido y controlado por la izquierda. Para *Portada* Tomic sería el “continuista de lo malo” del gobierno de Frei²¹, pero en un “hipotético gobierno de Allende”, sostuvieron que, no sin dejar de disuadir a sus lectores como hemos visto hasta aquí,

“se perseguiría a sangre y fuego a la empresa capitalista –a través de los impuestos, y cargas previsionales; la nacionalizaciones, las expropiaciones... Solo en Chile se cree que es posible matar a la gallina de los huevos de oro –el empresario privado del que todos viven– y no reemplazarlo **por nada**... pues se puede vivir del trabajo de unos pocos pero no se puede vivir si **nadie** trabaja”.²²

Sería como último término un resultado que por donde se le mirara sería igual de infausto: “la repartición de la miseria del socialismo ‘made in Chile’” o “la dictadura comunista”²³.

Tampoco la política económica de nacionalización de los recursos naturales se avizoró de forma positiva. En todo caso, ningún aspecto del programa de la izquierda lo fue. Lejos de concebirla como una medida antiimperialista y de emancipación nacional frente al capitalismo mundial, representó para el grupo *Portada*, el triunfo de la desgracia. Por ejemplo, con respecto a la medida de nacionalización de la minería cuprífera que propugnó Allende en su programa, prefiguraron un clima totalmente desastroso y amargo, por lo cual expresaron que “una vez concluida la farrá del cobre y exterminado el último empresario individual, nos quedaría únicamente, la repartición de la miseria”²⁴. Como hemos tratado de dar cuenta hasta aquí en ningún caso un gobierno de izquierda podía constituir una alternativa a la desigualdad social patente que mostró el país en esos momentos, ni menos alcanzar una autonomía e independencia frente a los vaivenes propios del subdesarrollo. El destino promisorio del país, ni menos el progreso, estaría dado por el camino que la izquierda estaba forjando.

Como sabemos, el proyecto encarnado por el cuerpo de *Portada* no logró ser la alternativa a la decadencia nacional, pues se optó por “la vía chilena al socialismo”, acontecimiento que dio paso a la reformulación de la práctica política de los integrantes de la revista tanto en el enfoque discursivo como en la concentración de esfuerzos que llevaron adelante en función de ver destruido el gobierno

21 *Portada* núm. 12, (Santiago 1970).

22 *Ibid.*..., núm. 11, 1970. (Negrillas en el original).

23 *Idem.*

24 *Idem.*

de la Unidad Popular y lograr establecer el proyecto social que fue madurando al alero de la experiencia popular.

LA FUNDACIÓN DE *QUÉ PASA* Y LA ELABORACIÓN DE UN NUEVO PROGRAMA ECONÓMICO: *EL LADRILLO*

La fundación de la revista *Qué Pasa* se inscribió en la coyuntura electoral de marzo de 1971. La coalición de partidos de izquierda obtuvo un considerable triunfo en las elecciones municipales que confirmaron la adhesión de vastos sectores de las clases subalternas ampliando la base de apoyo del proyecto popular. Esto provocó una decepción en la derecha pues la representación política obtenida por la izquierda en estas elecciones superó enormemente al alcanzado en las presidenciales de septiembre de 1970. No obstante, frente al desánimo que provocó el triunfo de la Unidad Popular, los intelectuales que integraron *Portada* decidieron fundar un nuevo órgano publicitario con el objetivo de que se constituyera en una verdadera trinchera política semanal. A igual que *Portada* la dirección quedó en manos de Gonzalo Vial Correa.

Si bien los intelectuales del semanario creado fueron prácticamente los mismos que formaron *Portada*, la diferencia entre estas dos revistas se dio en varios aspectos, lo que no significó alterar la base ideológica. A diferencia de *Portada*, *Qué Pasa* se convirtió en un semanario que tuvo un tiraje ininterrumpido respecto a *Portada* que aunque tuvo como objetivo circular mensualmente,

hubo periodos en que no fue publicada en los tiempos propuestos. Además ésta última era una revista con un tono más académico dirigida a sectores de la clase dominante más que a las masas como pretendió y lo fue *Qué Pasa*. Estas cuestiones son importantes porque expresan la decisión de fortalecer el proyecto social que habían emprendido hace un par de años atrás. La nueva revista debía ser una publicación de masas. Así, en función de lo anterior se hizo una sostenida interpelación a las clases medias –advirtiendo que serían los más afectados por las políticas impulsadas por el gobierno popular– y a sectores vinculados a las Fuerzas Armadas –como los únicos que podían salvar a la nación de su desintegración–; pero además, soterradamente contribuyeron a la desestabilización del gobierno de Salvador Allende. En resumidas cuentas, sabían estos intelectuales que en las condiciones en que luchaban, es decir, al interior de la propia legalidad burguesa, estaban siendo derrotados y que la única forma que tenían para imponer el proyecto que devino en el neoliberalismo y la “democracia autoritaria, protegida y tecnificada” sería bajo un régimen de excepción. No obstante, como señalamos, había que generar las condiciones para ello, y si bien la trinchera periodística permitió en parte cumplir ese objetivo, organizando una furibunda crítica contra las políticas desplegadas por la Unidad Popular, sabían muy bien que no era suficiente para concretarlas. Ese particular y complejo obstáculo tuvo su solución en la concurrencia de los poderes fácticos, quienes, por lo demás, ya estaban organizando el golpe de Estado²⁵.

25 Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, 2012).

En abril de 1971, *Qué Pasa* dio vida a su primer número. En éste se puede notar la reformulación aparente del discurso de que se apropiaron, pues se veló el discurso rupturista expuesto anteriormente por uno que sostuvo amparar el sistema democrático. Para el semanario desde la entronización del gobierno de la Unidad Popular el país había comenzado a “vivir una época delicada, crítica, de hondos cambios que repercutirán no sólo en los chilenos de hoy, sino también en las generaciones futuras”, cambios que para los intelectuales de *Qué Pasa* se habían producido “democráticamente” y “esperamos”, sostuvieron, sigan sucediendo de esa forma. En síntesis, como dijimos, quiso “contribuir a la defensa y al perfeccionamiento del régimen democrático en el cual, por fortuna, sentenciaron, vivimos”²⁶.

La aparente defensa del régimen demoliberal fue el elemento que utilizaron para contrastarlo con las políticas que desarrollaba la Unidad Popular. El objetivo general que se desprendió de sus editoriales fue dar una imagen de que el gobierno de Allende fomentaba la polarización política y contribuía a fortalecer la crisis social, cuyo resultado sería la cancelación de los derechos que dicho sistema garantizaba o “una guerra abierta entre un ‘proletariado’ que no es tal y una ‘burguesía’ que tampoco es tal”²⁷.

Sin embargo, frente a esa crisis social, económica, política la revista tuvo como objetivo definir a un cuerpo de intelectuales como los únicos que poseían las propiedades necesarias para sacar al país

del marasmo en que estaba sumergido. La revista si bien dirigió una ácida crítica a las políticas de la Unidad Popular y las formas de hacer política que se desplegaron en esa coyuntura social, no dejó de ser propositiva, pues a pesar de la corrosión social, que según ellos se apoderaba de la sociedad chilena, sobrevivía una generación incontaminada –representada, por supuesto, por ellos mismos– que logró hacer frente a la desidia política, pues el grupo *Qué Pasa* tenía una filosofía: la unidad nacional de los chilenos²⁸.

Como hemos visto, el cuerpo de intelectuales neoconservadores que integró *Portada* y *Que Pasa*, no sólo se sintió ajeno a la derecha política tradicional representada en esos momentos por el Partido Nacional, sino que de igual modo lo hicieron a propósito del régimen liberal. Los nacionalistas, inspirados por Jorge Prat, los gremialistas, representados por Jaime Guzmán, co-fundador de *Qué Pasa*, y neoliberales se desarrollaron en el alero externo del régimen liberal. Si el director de ambas revistas, Gonzalo Vial, militó en el Partido Nacional, reconoció que fue por solidaridad con Jorge Prat, puesto que este último había engarzado los esfuerzos necesarios para unificar a la derecha política que había sido derrotada en las elecciones de 1965, como observamos más arriba. Prat permaneció por poco tiempo en el Partido Nacional y se desvinculó en 1966 manifestando que el partido recién fundado persistía en el juego partidista que él criticaba. Vial, por supuesto, lo siguió²⁹.

26 *Qué Pasa* núm. 1, (Santiago 1971).

27 *Ibid...*, núm. 81, 1972.

28 *Ibid...*, núm. 100, 1973.

29 *La Tercera*, 20 de agosto de 1983.

Quizá los únicos intelectuales que pertenecieron a estas publicaciones siendo militantes de un partido fueron Hermógenes Pérez de Arce, quien había sido electo diputado en 1973 por el Partido Nacional, al que se integró recién en 1972, Pablo Baraona, perteneciente a este último partido y Álvaro Bardón que militó en la Democracia Cristiana³⁰. Todos, por lo que hemos indagado, se mantuvieron fuera del sistema de partidos que tanto denostaron. Esa estrategia política les permitió presentarse como autónomos e independientes del “grupo social dominante”, como sostuvo Gramsci³¹.

En efecto, en pleno proceso de transformaciones estructurales, en un editorial de *Qué Pasa* de abril de 1972, expresaron lo siguiente:

“Marchas y contramarchas, catilinarias e injurias, armas rojas y armas blancas... ¿estamos condenados a una guerra civil o un enfrentamiento tan radical que ahogue nuestra conciencia de nación? La responsabilidad que en tan grave amenaza cabe a la Unidad Popular y a su Gobierno es clara porque ellos están poniendo en peligro los valores que son el alma y el quicio de nuestra historia, y no pueden sino esperar un rechazo rotundo de quienes no tengan la conciencia adormecida... Para esa gran mayoría de los ciudadanos, la Oposición no puede limitarse a proclamar una tarea de emergencia, sino que tiene el deber de presentarle los grandes rasgos de una solución positiva y unitaria... No (está) la solución en el inmovilismo... sino en un reformismo profundo y realista, fruto natural de la evolución histórica y del espíritu nacional... Pero ese consenso vital no

ha sido claramente expresado por los jefes de partidos políticos, ni por el Presidente del Senado, pese a la solidez de su crítica al ejecutivo. Quien comenzase a hablar este lenguaje con vigor y profundidad abriría, estamos ciertos, un surco en nuestra historia y daría la posibilidad a esa inmensa multitud de chilenos de unirse en un ideal de futuro. Hacen falta esas voces, voces de profetas, de estadistas, de patriotas, que sepan expresar por sobre pasiones y circunstancias el anhelo colectivo³².

Como para resumirlo, podemos sostener que en el imaginario político de estos jóvenes se presentó una encrucijada que no amparó un horizonte muy promisorio, ya que el triunfo permanente de la izquierda al interior de la institucionalidad, representaba una “crisis moral” que no sólo ponía en riesgo la continuidad histórica, la permanencia de la nacionalidad, sino junto con ello, someter a los chilenos a una guerra civil o como poco, si no se impedía, a una “tiranía socialista”.

Por lo mismo si bien hubo una acendrada crítica al gobierno de Salvador Allende, como ya hemos dado cuenta, otro elemento de la estrategia política que implementaron estos intelectuales tuvo relación con proyectarse a largo plazo —lo que hizo del rupturismo una constante, a veces velado y otras veces abierto—, de ahí que terminaran concibiendo el gobierno socialista como corolario de una crisis anterior. A estas alturas ya no era sólo el sistema democrático lo que se debía salvaguardar sino la nación. Salvar la nación en ese sentido no tenía únicamente que ver con anular el proyecto político popular

30 Ninguno de éstos, por supuesto, se opuso al receso de los partidos impuesta por la dictadura ni muchos menos lo hicieron frente a la proscripción en que cayeron los partidos de izquierda.

31 Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1984), 13.

32 *Qué Pasa*, núm. 54, (Santiago 1972).

sino con transformar la estructura política, económica, social y cultural que posibilitó un gobierno socialista. En un editorial de 1972, sostuvieron lo siguiente:

Las dificultades de la experiencia socialista en Chile se hallan a la vista. Configuran una amenaza de fracaso y de crisis... la oposición juega un papel eminentemente defensivo,... Sólo la juventud, en efecto, tiene la fortaleza física, la agilidad mental, el conocimiento técnico, la apertura de espíritu ante el mundo que son indispensables para enfrentar la complejidad del planeta en 1972... Nos hallamos en un Chile nuevo, ensombrecido por el fracaso de la Unidad Popular; ese Chile nuevo exige nuevas soluciones... y nuevos hombres... Significa simplemente reconocer una verdad incontestable: que es tarea de las nuevas generaciones restaurar y renovar al país, porque el esfuerzo de titanes que ello importa es un esfuerzo de juventud... en sus dirigentes universitarios y gremiales, y en sus técnicos y economistas, en sus catedráticos y en sus nuevas promociones parlamentarias, hallará sin duda la sangre renovada que se requiere para sacar al país de su postración³³.

La cuestión radica en saber quiénes debían emprender dicha *tarea* cuando se revelase el Portales del siglo XX, cuya misión sería restablecer la armonía social, restaurar el *consenso* negado y ya extraño en esos instantes de la lucha política. Para van Dijk el contexto es una definición subjetiva propia de los participantes en situaciones comunicativas en que solo ellos controlan todos los aspectos de producción de discurso y su comprensión³⁴. En ese sentido la referencia recién señalada nos induce a pensar que estos intelectuales se

programaron a sí mismos, aunque sabemos que a esta parte el comité editorial de *Qué Pasa* –como el de *Portada*– aún no se hacía público. Son los “enlaces proposicionales omitidos” de que habló van Dijk³⁵ que están en función de dar una mejor coherencia al discurso lo que nos permite dar cuenta de lo que no dice el texto. Por lo mismo hasta que no se supiera quiénes pertenecieron al comité editorial fundador –que vio la luz en el número 100 en marzo de 1973– no se podría asegurar directamente lo anterior. Este cuerpo de intelectuales estuvo constituido por Jaime Guzmán, Diego Ibáñez, Jaime Martínez, Víctor Muñoz, Hermógenes Pérez de Arce, Emilio Sanfuentes, Fernando Silva, Gonzalo Vial, Joaquín Villarino, Cristián Zegers. A cargo de la sección de economía estuvo Sergio de Castro. Y si consideramos a los de *Portada*, veremos que algunos nombres se frecuentan (compárese con *Finis Terrae*): Gonzalo Vial, Javier González, Joaquín Villarino, Cristián Zegers, Guillermo Bruna, Fernando Silva, Hugo Tagle, Víctor Muñoz y Ricardo Claro, además de Pablo Baraona y Emilio Sanfuentes, quienes se fusionaron con *Portada* en 1970.

Con todo lo dicho ¿es necesario señalar que gran parte de estos intelectuales fueron jóvenes que no sobrepasaban los cuarenta años, salvo Vial, de Castro y Martínez que tenían un poco más? ¿Es perentorio precisar el objetivo de la revista cuando sabemos que Jaime Guzmán fue el líder natural del gremialismo y panelista de televisión; que tanto Silva Vargas, González

33 *Ibid.*..., núm. 65, 1972. (Negrillas en el original).

34 van Dijk, “Política, ideología y...”, 27

35 Teun A. Van Dijk, *Estructuras y funciones del discurso* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2010), 40.

Echeñique y Vial Correa, eran catedráticos; que tanto Sanfuentes, Bardón, Baraona y de Castro eran economistas y técnicos; que Pérez de Arce un parlamentario joven?

Como podemos dar cuenta, gran parte de estos jóvenes, fue el elemento medular del cuerpo de civiles que logró imponer la nueva “economía política” y la nueva “democracia autoritaria, protegida y tecnificada”, ergo era la “sangre joven” que requería la nación para superar la postración en que estaba sumergida. Así, esta generación, con un componente que no precisó nadie más del espectro social y político, esto es, la impronta de profesionalismo, asepsia, “autonomía” e “independencia”, en un futuro no muy tardío se posicionó frente a Pinochet como una generación salvífica.

El hecho de que se hayan mantenido al margen del régimen de partidos no significó que no hayan hecho política. Por el contrario parte de este cuerpo de intelectuales soterradamente generó las redes necesarias para desestabilizar el gobierno de la Unidad Popular, cuya concomitancia debía ser por último la ilegitimidad del sistema demoliberal en su totalidad y, junto con ello, la intervención de las Fuerzas Armadas.

Quien fuese el articulador de la oposición más férrea al gobierno de Allende, Jaime Guzmán, perteneció a *Qué Pasa*, aunque debemos señalar, que también colaboró en otros espacios comunicativos. La habilidad política que poseía Guzmán le permitió desplazarse en distintos movimientos aunando los ánimos en términos

de definir una oposición resuelta contra el gobierno. La incesante búsqueda por ver caído el gobierno de izquierda, llevó a estos intelectuales a acercarse cada vez más a quienes consideraban como los únicos que podían derrocarlo. Sin embargo lo que queremos destacar es que este cuerpo de intelectuales si bien conspiró no dejó de lado lo programático. En efecto, cuando sectores perteneciente a la Armada –desde la fundación de la Cofradía Náutica del Sur en 1968 creada por Agustín Edward y Hernán Cubillos–, habían comenzado a organizar lo que devino en el golpe de Estado de 1973, reunieron a un grupo de economistas para que redactasen un programa económico a imponer luego de la caída de la Unidad Popular. Las conexiones ya existían y fue el economista Emilio Sanfuentes –cofundador de la revista *Qué Pasa* y estrecho colaborador de Edward y Cubillos– quien articuló al conjunto de economistas que redactó *El Ladrillo*. Arturo Fontaine³⁶, sostuvo que la tarea de aglutinar a estos economistas había quedado en manos de Roberto Kelly, un ex-marino. Este último es quien acudió a su amigo Emilio Sanfuentes para gestar el plan.

En las reuniones que comenzaron a mediados de 1972 participaron, respecto a quienes aquí nos importa, Emilio Sanfuentes, Sergio de Castro, Pablo Baraona, todos integrantes de una u otra revista y Alvaro Bardón, quien colaboró permanentemente en *Qué Pasa* y *Portada*. También asistió a estas reuniones Jaime Guzmán. En mayo de 1973 el programa económico de corte monetarista estaba concluido.

36 Fontaine, *Los economistas y el Presidente...*, 18.

Como podemos observar los intelectuales de *Portada y Qué Pasa* accionaron en dos ejes. Producir la caída de Allende y deslegitimar el régimen demoliberal, por un lado, y, por otro, en términos proyectuales. Sergio de Castro sostuvo que la redacción de *El Ladrillo* le pareció un desafío pues consideraba que en esos momentos “nadie tenía ganas de pensar ni escribir ni hacer nada con alguna proyección”³⁷.

EL GOLPE DE ESTADO DE 1973 Y LA TOMA DE POSICIONES

Los intelectuales de *Qué Pasa* sabían que se aproximaba el derrocamiento de la Unidad Popular, y no tanto porque sus profetas habían anunciado el advenimiento de un “nuevo Portales”, inevitable dado la situación histórica, sino porque ellos, durante el gobierno de Allende, contribuyeron sostenidamente para que ello ocurriese. El proyecto social estaba muy lejos de instalarse en las condiciones preexistentes al golpe. Un proyecto autoritario modelado bajo una concepción antiliberal, antidemocrática y antimarxista era ilusorio, pues no calzaba de modo alguno con las aspiraciones populares.

Días después del golpe del 11 de septiembre de 1973 el semanario publicó un tiraje especial que encomió el derrocamiento de la Unidad Popular, agregando *ad hóminem*, que a partir de ese momento era perentorio cimentar un nuevo proceso hegemónico diferente del intervenido:

El régimen de la Unidad Popular ha caído en un final wagneriano. En este período Chile se fue disolviendo en la demagogia económica y política, en la flojera, en la prédica y práctica de la violencia, en la indisciplina, en el odio y en la injuria personal. Para abrir una nueva puerta y salir del pantano, era necesario que el país sufriera hondamente y pagara su cuota de sangre... Ha correspondido abrirla a las Fuerzas Armadas. Reserva Moral de la nación, absortas en su alta función propia... Sólo la inminencia de una sangrienta guerra fratricida las obligó a tomar en su mano la suprema decisión... No se puede consiguientemente volver atrás, al ayer. El 11 de septiembre debe resultar así el acto fundacional de una nueva institucionalidad³⁸.

La particular premisa para los intelectuales de *Qué Pasa* que el golpe de Estado debía ser considerado el origen de un nuevo proceso hegemónico y en ese sentido cabía su configuración bajo condiciones opuestas a las que se negaron persistentemente llama profundamente la atención no porque se hayan adelantado al discurso fundacional que la Junta Militar manifestó en la *Declaración de Principios del gobierno de Chile* en marzo de 1974, sino porque este cuadro de intelectuales estuvo consciente de que la concentración de esfuerzos durante un lustro, y mucho más, no podía diluirse volviendo “atrás, al ayer”. Si eso hubiese ocurrido, habría sido imposible llevar a cabo una nueva arquitectura institucional; de ahí esa intrepidez expresada en el editorial recién citado que resulta igualmente paradójica, pues para las FF. AA., sin perjuicio de su acendrado anticomunismo y aversión a “los políti-

37 Patricia Arancibia y Francisco Balart, *Sergio de Castro. El arquitecto del modelo económico chileno* (Santiago: Biblioteca americana, 2007), 156.

38 *Qué Pasa*, núm. 126, (Santiago 1973).

cos”, el haber depuesto al gobierno de la Unidad Popular, no simbolizó levantar un nuevo proceso hegemónico completamente distinto al caído. Las Fuerzas Armadas, por lo menos durante los primeros días del golpe, a través de los Bandos representativos de la Junta Militar hablaron de que su “propósito (era) restablecer la normalidad económica y social del país, la paz, tranquilidad y seguridad perdidas”³⁹ y no de una acción fundacional. Lo que acontecería después, era sintomático de las aspiraciones de los cuadros rupturistas y su capacidad de intrusión en el nuevo régimen.

Pero como apuntamos recién, la voluntad de los intelectuales de *Qué Pasa* no era volver atrás, particularmente al contexto social que permitió la formación de una determinada correlación de fuerzas que devino en aspiraciones de transformación social, política y económica, puesto que contradecía sus más profundas aspiraciones. En esa perspectiva la permanencia de las FF.AA. no podía ser un mero paréntesis, que posteriormente significase el retorno a los cimientos que dieron vida y sustentaron a los elementos que casi terminaron por destruir el país. La nueva economía política que emergería de las entrañas del nuevo régimen de “unidad nacional” debía ser concebida en su totalidad, lo que no podía ejecutarse sin mediar un largo periodo de conducción de la Fuerzas Armadas, “reserva moral” de la nación.

Como habíamos visto más arriba, para estos intelectuales, el liberalismo y

la democracia fueron la antesala de la entronización del marxismo. De ahí que en el ideario de éstos se considerase como programa político la refundación de una estructura institucional que impidiese, por último, la consecuencia última de la decadencia nacional: un gobierno como fue el de la Unidad Popular.

En ese sentido cabe subrayar que esto último es uno de los aspectos que contuvo el proyecto social que portaron estos intelectuales; el otro, tuvo que ver con el régimen económico, el que no estuvo exento de cierta tensión, pues como sostuvo Carlos Ruiz⁴⁰, fue una cuestión “problemática”, ya que hubo dos vertientes al interior de este conglomerado, uno de corte corporativista y el otro neoliberal.

En este apartado nos centraremos en esas cuestiones, en cómo este cuerpo de intelectuales que pertenecieron a estas revistas logró, superando los obstáculos propios de la lucha política, encumbrar e imponer el modelo que terminará siendo el neoliberalismo y la “democracia autoritaria, protegida y tecnificada” y por qué gran parte transitó al neoliberalismo.

Una vez producido el golpe de Estado, el Almirante José Toribio Merino, fue quien más interés mostró por la conducción económica⁴¹, y no era por una mera afición, sino porque como hemos visto, concentró sus fuerzas en dotar al país de un nuevo programa económico cuando se desvaneciera el gobierno popular. Ese mismo 11 de septiembre en la Editorial

39 Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, Manuel Vicuña, *Documentos del siglo XX chileno* (Santiago de Chile: Sudamericana, 2001), 380.

40 Ruiz, “El conservantismo como ideología. Corporativismo...”, 115-123

41 González, *La conjura. Los mil y un días...*, 405-408.

Lord Cochrane —en la que se editaba *Qué Pasa*— se reprodujeron varias copias de *El Ladrillo* para ser entregadas a los representantes de las Fuerzas Armadas. Aquella editorial pertenecía a Hernán Cubillos, brazo derecho de Agustín Edwards y muy cercano a los editores del semanario⁴².

La Armada al controlar la conducción económica abrió los espacios necesarios para que fuesen copados por los neoliberales. Desde temprano Sergio de Castro, Pablo Baraona y Álvaro Bardón fueron llamados a asesorar a los organismos que conducían la economía del régimen. Fue este cuerpo de intelectuales los que ejecutaron en abril de 1975 el Plan de recuperación económica o también llamado *shock*.

Como vemos el campo económico estuvo controlado por civiles, cuya integración había sido anunciada por el régimen desde comienzos de ese año. La nueva política-económica impuesta consistió fundamentalmente, como señaló Pilar Vergara, en “encaminarse hacia una economía de libre mercado y apertura externa, lo que implicaba el repliegue definitivo del Estado del ámbito económico, la plena integración de la economía al comercio internacional, el libre flujo de capitales”. Esto justamente llevó consigo el despido masivo de quienes trabajaban en la administración pública, la licitación a precios bajísimos de las empresas estatales a privados, la reducción del gasto fiscal y, por consiguiente, la reducción de la injerencia del Estado en el desarrollo

del país, pues se cortó de raíz el modelo que durante cuatro décadas consistió en la industrialización por sustitución de importaciones⁴³.

Siguiendo la lectura de Pilar Vergara, la apropiación de esta ortodoxia económica por parte de la dictadura significó desplazar el tradicionalismo católico y las ideologías participacionistas e integristas que se mantuvieron en el campo social y laboral, sobre todo porque la imposición de esta nueva política económica debía ir acompañada de las restricciones más radicales en todos los espacios políticos y sociales.

Esto dio paso a intensificar la represión inspirada en la Doctrina de Seguridad Nacional sobre los organismos en que era frecuente la participación política como fueron, los gremios, empresas, sindicatos, la burocracia estatal, etc. Cuestión compleja porque para el semanario “la dificultad de extirpar las raíces del socialismo reside en que se han infiltrado, insidiosamente, en el alma de **todos** los chilenos”⁴⁴. Con esto no cabe la menor duda, entonces, que para la revista, la represión debía ser ineluctable, cuestión que de hecho así sucedió, pues se desencadenó un terrorismo de Estado sin precedentes que se hizo necesario para implementar el nuevo modelo económico, ya que la dictadura y la derecha no tenían otro mecanismo para imponerlo. No debe olvidarse que el semanario hizo toda una campaña publicitaria del *Libro blanco del cambio de gobierno*, —redactado por el director de *Qué Pasa*, Gonzalo Vial

42 Fontaine, *Los economistas y el Presidente...*, 20.

43 Pilar Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile* (Santiago: FLACSO, 1985), 80.

44 *Qué Pasa*, núm. 226, (Santiago 1975). (Negrillas en el original).

Correa, quien sostuvo “que no fue un ‘invento absoluto’, sino auténtico”⁴⁵ – texto que legitimó el encarnizamiento contra sectores vinculados a la izquierda.

Por lo que respecta al otro elemento importante del proyecto social de estos jóvenes neoconservadores, el que tiene que ver con la institucionalización de la “democracia autoritaria, protegida y tecnificada” que se programó en el discurso de Chacarillas en 1977, fue obra de Jaime Guzmán. Desde un comienzo fue integrándose a colaborar en el nuevo régimen militar. De su autoría no solo se consideró la *Declaración de Principios del gobierno de Chile y el propio Discurso de Chacarillas* sino que el grueso de los discursos pronunciados por Pinochet, por lo menos hasta fines de la década de los setenta. Pero cabe destacar que lo más importante es que a Guzmán se le atribuyó la creación de la constitución de 1980. Como para dibujar ese trayecto que culminó con la nueva arquitectura institucional, debemos remontarnos al periodo mismo en que se desató el golpe de Estado. Guzmán fue integrado, a diferencia de los neoliberales, por la Fuerza Aérea. Desde allí comenzó a colaborar en la Comisión de estudio para la Nueva Constitución.

Renato Cristi sostuvo que el estudio fue encomendado a Jaime Guzmán. A partir de ese momento, según el autor, “confirma el papel protagónico que le cabe a Guzmán tanto en la destrucción de la Constitución de 1925 como en la génesis de la Constitución de 1980”. Insiste en que el hecho de que Guzmán sea

funcionario del Gobierno, su designación como encargado del estudio de la nueva Constitución “hace presumir que la idea de organizar esta comisión y la selección de sus miembros (en ese momento Enrique Ortúzar, Sergio Diez, Jorge Ovalle) se debe a Guzmán”⁴⁶. Pero además, durante los años que la Comisión Ortúzar funcionó se eliminó totalmente el pluralismo ideológico que representaron de alguna forma las personas vinculadas a la Democracia Cristiana que se integraron a colaborar en ésta. Basta recordar que renunciaron a la Comisión Alejandro Silva Bascuñán y Enrique Evans, ambos provenientes del partido recién disuelto, además del alejamiento de Ovalle y Diez. Ello terminó definiendo la unilateralidad ideológica de la nueva Constitución.

Pues bien, ¿qué fue de los integrantes restantes de *Portada y Qué Pasa*, la “sangre joven”, una vez superado el lastre que dejaría la Unidad Popular? Emilio Sanfuentes, el articulador de quienes compusieron *El ladrillo*, asesoró en ODEPLAN al Ministro del ramo Roberto Kelly, el mismo que le encomendó el programa económico recién citado a Sanfuentes. Ricardo Claro a los pocos días se integró como asesor económico en Relaciones Exteriores. Guillermo Bruna fue Presidente de la Subcomisión Electoral de la Comisión de Estudio de la Nueva Constitución y miembro de la Comisión de Estudio de Las Leyes Orgánicas Constitucionales. Cubillos fue llamado a participar por Sergio Fernández como Ministro de Relaciones Exteriores en 1978. Gonzalo Vial fue nombrado a fines de ese

45 *La Segunda*, Santiago 2 de febrero 1999.

46 Renato Cristi, *El pensamiento Político de Jaime Guzmán* (Santiago: LOM, 2000).

año Ministro de Educación. El resto de estos intelectuales siguió publicitando el proyecto a través de la revista *Qué Pasa* y otros medios de comunicación.

Gran parte de los intelectuales de *Qué Pasa*, que desde su origen promovieron el gremialismo y el neoliberalismo, terminaron aceptando este último, dejando de lado el ideario gremialista-corporativista que los había caracterizado, sobre todo porque la experiencia corporativista como la franquista se había esfumado y el mundo occidental transitaba a una “revolución neoconservadora” inspirada en Friedman y von Hayek⁴⁷.

Por otro lado, y para concluir, la aceptación de Pinochet del nuevo proyecto social –y por lo mismo la exclusión de la oficialidad con tintes estatistas representada por el general Leigh y los nacionalistas “duros”– se debió a que éste posibilitaría la despolitización ambicionada por los altos mandos militares⁴⁸. El proyecto social se presentó como resultado de los esfuerzos de una generación que estaba comprometida verdaderamente con el destino de la nación, lo que la distanció de la clase política que había arrastrado al país a un desastre que casi concluyó en una guerra civil. Bajo esa lógica, consideraron que eran una generación que portó un proyecto social concebido por sobre los intereses particulares y las banderías políticas propias del partidismo disolvente y la lucha de clases pregonada por la izquierda. Recuérdese que la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile* de

marzo de 1974 (redactada por Guzmán) acusó directamente a los políticos por la “responsabilidad [que] tuvieron, por acción u omisión, en la virtual destrucción del país”⁴⁹. El régimen militar bajo esa perspectiva tenía la misión de articular a quienes no se contaminaron y emprender una salida que le permitiese a la nación retomar el camino perdido.

CONCLUSIÓN

Desde los años treinta el país comenzó a sufrir una serie de transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que se aceleraron durante la década de los sesenta y comienzos de los setenta. Transformaciones que suscitaron el gran apoyo popular. Estas transformaciones fueron minando y alterando la estructura en que se asentó la oligarquía provocando una profunda crisis hegemónica, cuestión que fue *advertida* por un grupo de intelectuales de derecha. Estos intelectuales desde los tempranos cincuenta habían dado origen a la revista *Finis Terrae*, dirigida por Jaime Eyzaguirre, publicación que al hacer una lectura de la sociedad la tradujo como un caos y, por lo mismo, como una amenaza de los valores tradicionales que le habían dado forma a la nacionalidad desde los siglos coloniales. En ese sentido quienes integraron la publicación sintieron la necesidad de revertir dicho proceso de desintegración de la nacionalidad, ser los renovadores de una nueva era que debía librar una lucha frente al régimen

47 Ricardo Claro fue uno de los que no transitó a la ortodoxia neoliberal en esos momentos y, por lo mismo, fue uno de los más críticos de la nueva economía política, cuestión que con el tiempo rectificó.

48 Verónica Valdívia, *El golpe después del golpe* (Santiago: LOM, 2003), 100.

49 Correa et al., *Documentos del siglo XX...*, 438.

demoliberal y su consecuencia inevitable, el marxismo que era la causa absoluta de la corrosión social. Sin embargo esa batalla misional la perdieron al interior de la trinchera que brindó la PUCCH, donde pertenecían estos intelectuales, sobre todo por la dimensión que tomó el proceso de reforma universitaria, lo que no obstante, los impulsó bajo un espíritu de cruzada a dar una guerra sin tregua frente a un elemento que a esa altura era nacional: las transformaciones encarnadas por el gobierno demócrata cristiano y las programadas por la izquierda. Apropiándose desde ya de una tribuna periodística a nivel nacional decidieron fundar la revista *Portada* en enero de 1969 y la revista *Qué Pasa* en abril de 1971 en el que se persistió en el derrotero trazado por *Finis Terrae*, es decir no reducir el discurso a la crítica sino que elaborar un proyecto social alternativo. Fue así como los intelectuales que fundaron dichas revistas, —entroncadas ideológicamente en la corriente nacionalista y gremialista— más los neoliberales que se integraron a la primera en 1970, comenzaron a generar las redes necesarias y articular los espacios propicios para dar vida a un proyecto social que devino en la imposición del neoliberalismo y la “democracia autoritaria, protegida y tecnificada” durante la dictadura del general Pinochet. Estos intelectuales utilizaron las revistas como trincheras políticas desplegando una acendrada crítica contra el régimen demoliberal, la intervención del Estado en la economía, la movilización social y las expresiones culturales de que se apropiaron los sectores populares en esos momentos, entre otras cosas. Pero también contribuyeron a la campaña del terror sostenidamente haciendo un diag-

nóstico de lo que pasaría en un eventual gobierno de la izquierda. Al no lograr impedir el ascenso de Salvador Allende, cambiando la táctica, decidieron fundar la revista *Qué Pasa*, como señalamos más arriba, semanario que interpeló a las clases medias y militares y cuyo objetivo, según ellos, debía contribuir a la defensa del régimen democrático. Sin embargo, estos intelectuales agrupados en estas revistas se acercaron a los grupos fácticos, ya sean empresariales como militares, en función de generar el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, cuestión que lograron el 11 de septiembre de 1973, posibilitando de esa forma la entronización de una dictadura que desbancó las conquistas sociales de los trabajadores e impuso la economía política neoliberal y una institucionalidad liberal restringida sostenida por toda una estructura autoritaria y antidemocrática.

Por último, fueron principalmente estos intelectuales los que establecieron dicha economía política pues como se pudo dar cuenta a lo largo de este trabajo, no sólo fueron dando forma a un determinado proyecto social sino que a través de las páginas en que dispersaron sus críticas se promovieron sostenidamente como una generación que contenía la impronta y las habilidades necesarias para sacar al país del marasmo que heredarían de la Unidad Popular. Así presentándose como asépticos al corroído sistema demoliberal lograron convencer a Pinochet de que constituían una generación incontaminada resuelta a generar los mecanismos necesarios que permitirían restablecer la unidad nacional y, por sobre todo, que impedirían, por lo menos durante muchas décadas, que la experiencia popular que se vivió en esos

momentos fuese a repetirse, lo que tuvo que hacerse no sin mediar un grado inusitado de violencia diseminada por los aparatos del Estado. El proyecto social que impuso la derecha, el gran empresariado y la dictadura militar, respondiendo a su vez a los requerimientos de Estados Unidos, no habría sido posible sin la sistemática violaciones de los derechos humanos.

